

HUGO MIERES

EL MUERTO

Personaje único

El muerto

Época actual

Escena única

El espacio escénico se mostrará completamente despojado. Bastará con cubrir los laterales y el foro con una cámara gris o negra.

Como utilería será suficiente con una silla corriente. En un lateral y en plano medio, habrá una entrada algo más amplia que una puerta común, y la habitación a la que da acceso está levemente iluminada.

Cuando se inicie la acción, se escucharán murmullos, que cesarán cuando se determine.

EL MUERTO.- *(Es un hombre de algo más de sesenta años, de pelo casi blanco, que viste informalmente una camisa y un vaquero).*

Y ahora estoy muerto. *(Mira un instante en silencio a los espectadores).* No pongan esa cara, que son las únicas palabras que encuentro para decir lo que me está pasando. O lo que me pasó. No es que dude. No se trata de eso. Lo que quiero decir, es que estoy seguro de que ni estoy soñando ni estoy loco. Aunque hasta ahora no haya visto alas, ni túnicas blancas, ni luces, estoy muerto, fiambre, difunto, frito.

Se ha cumplido con los requisitos formales, y todo parece estar en regla: papeles, sellos, certificados, un ataúd común que aparenta pompa por el papel que lo recubre imitando la madera cara, y que durará sin desprenderse hasta el momento justo en que sea depositado en un tubo de hormigón. Y por ahí *(señala hacia la entrada del lateral iluminado)* está mi cuerpo, que nunca imaginé que pudiera ser tan pesado, con las manos sobre el pecho, y apoyando desde los talones hasta la nuca cada pedazo de carne, cada hueso, con tal entrega a la fuerza de la gravedad, que me asombra que la tabla ordinaria resista, que ni siquiera cruja. Con razón lo más difícil de un asesinato bien logrado es conseguir con éxito la desaparición del cadáver... Ahí está, pesando como plomo, y derivando desde ahora hasta la completa disolución, sin que sepa qué movimientos van a empezar a agitarlo muy pronto, a modificar el color y el olor, de esa sabrosa pizza para los gusanos en que se ha convertido.

Hay unas cuantas personas serias alrededor; parientes, viejos compañeros de la oficina, unos pocos amigos; algunos lloran bajo, (pocos, realmente) y otros hasta hacen negocios mientras toman café. *(Breve silencio. Piensa).* Parece ser la muerte la que impone tal seriedad. ¿Lo han visto? La mayor parte de la gente tiende a justificar las maldades de los viejos, y hasta llega a perdonarlas cuando revienta, como si los años, o la tapa de un cajón pudieran redimir algo.

Lo que de verdad están haciendo sin que lo comprendan, no es perdonarnos la vida, sino la muerte.

Ahora: cómo puede estar eso ahí (*señalando*), y yo aquí, tan cerca, desprendido, pudiendo observarlo, vestido y hablando, no puedo explicarlo. Por supuesto, ustedes no me creen, quieren explicaciones, no se resignan a que no haya alguna. Veo perplejidad en sus caras. No los culpo. Estoy seguro de que nunca se habían encontrado con esto, y pienso que pueden barajar dos posibilidades: la primera, que soy un payaso que no tuvo mejor idea que elegir un tema tan desagradable para entretenerlos, que se trata de un truco de mal gusto que al final se descubrirá, para que todos puedan regresar contentos a sus casas. Y la segunda, que esté diciendo la verdad, lo que los haría oscilar entre el asombro y el horror, con el peligro agregado para mí, de quedarme sin interlocutores. Apuesto a que lo que desean saber, es de qué hablo cuando digo *yo*. Porque si para todo el mundo estoy definitivamente horizontal, dueño de una absoluta y hasta envidiable pasividad, una parte de mí no soy eso, es evidente. Ahora, cómo llegué a semejante condición, repito que no lo sé, así como no sé cuánto durará. Es que, aunque no lo crean, y supongan que mis preocupaciones puedan ser otras, yo también me pregunto cosas, ya que mi actual situación no me ha dado mayor conocimiento que el que tuve en vida: sigo siendo un hombre con pocos libros leídos, una experiencia vital de las más comunes y el trabajo más aburrido del mundo. Me pregunto, por ejemplo, dónde están los otros, mis colegas, los olvidados en el tiempo, si en algún momento van a llamarme, a repartir números, o a convocar a una asamblea de distribución de destinos, me pregunto dónde se metieron los funcionarios, los porteros, o si cada uno de nosotros se encuentra en una dimensión diferente, en una campana personal e incomunicada.

Alguna vez pensé que cuando esto llegara, sería interesante encontrarme con algunas figuras célebres: Einstein, por ejemplo, tal vez poder escuchar un discurso de Robespierre, o ver rascarse a Picasso. Claro, esos son muertos antiguos, y puede que estén lejos. Pero, ¿lejos, dónde? ¿En el cielo? ¡Ja! Bastante trabajo debe tener Dios con esquivar la chatarra cósmica que le disparan constantemente. Por supuesto que no le quito responsabilidad. Algo más que eternas siestas celestiales podía haber hecho, ¿no? (*Pausa*). ¿Y los nuevos? Tampoco se ven por ningún lado. ¿Dónde se habrán metido los miles, los millones que han muerto en el mismo día, y a la misma hora que yo? (*Pausa*). ¿Vieron que logré llegar al tan mentado año 2000? (*Pausa*.) ¿Pero qué estoy diciendo? Esto pasa cuando no se tiene nada interesante de qué hablar, nos molesta el silencio, improvisamos, y el resultado es siempre un intercambio de boberas. ¡Llegué al año 2000! ¡Bravo! ¡Aplausos prolongados! ¿Y de qué me enorgullezco? ¿Qué saco? ¿Con qué me rasco? ¿Qué tengo yo que ver con los tres ceros que

se ostentan gloriosos sobre mi propio cero, sobre mi inexistencia? Por ahí está el cadáver, disimulado entre orquídeas de fina idiosincrasia, y ante ustedes esta forma de ser irrisoria, sin para qué ni para quién, sin sensibilidad ni sentimientos. ¡Ja! ¿Y qué querías? Soy, por perfecta lógica, lo que queda, los flecos de un pobre diablo del pobre Tercer Mundo, que no faltó nunca a su oficina con sus pantalones remendados y, por tanto, proclamo lo superfluo de la inauguración de los tres ceros. ¿Este era el día? ¿El siglo inicial? ¿La puerta de oro? ¿Y los otros, sembrados en cementerios utilitarios y arrogantes o caídos en hueseras comunes, los caídos de 1925, 26, 1940, mil novecientos mil, los fallecidos antes de esta estúpida cifra en que ya no viven? ¿Qué pasa con los otros? ¿No tienen derecho a cuatro números y a la resurrección? No. Solo a contemplar cómo ha muerto la esperanza y cómo la están velando en cada fosa.

(Pausa larga. Da unos pasos hacia foro pensando, y regresa enfrentándose nuevamente a los espectadores) ¿Seré un alma en pena? Evidentemente, no, porque lo que son penas, sinceramente, no tengo. He sido despojado de las que tenía, y de las que podría llegar a pensar que pudiera tener. *(Un breve silencio)*.

Esto, seguramente debe ser un estado transitorio, de horas o días, digamos, hasta que empiece el borrón, cuando se pase de la congoja a la resignación, y del recuerdo al olvido, en ese salir de a poco de los pensamientos de los otros, claro, bastante después de que se hayan repartido mis camisas, y cansado de insultarme por las deudas que he dejado, hasta que pasados veinte años, o tal vez menos, solo quede en un sobre, confundido con papeles amarillentos, la foto de un señor desconocido. O tal vez no. Tal vez sea yo el que primero empiece a olvidar, y avance hacia una ignorancia sin medida, hacia una absoluta carencia de nombres y de caras, para finalmente dejar de ver, y descienda a una desconocida oscuridad, libre de imágenes, arrastrado hasta el principio en una desnudez primordial, y, ¡vean!, se me acaba de ocurrir: ¿no será esto lo que puede corresponder al estado que llamamos eternidad?

(La iluminación indicará un cambio de tiempo. Los murmullos cesan, la luz del lateral se apaga).

Como se me ha dispensado de la necesidad de comer o beber, (lo que no deja de ser una ventaja), como carezco de huesos que pesen y se cansen, como tampoco duermo, ahora que ha terminado todo y una parte de mí se ha ido, los muebles han vuelto a su sitio acostumbrado, y han abierto todas las ventanas para que se disipe el olor del cuerpo y de las flores, confundido con el de los velones demasiado baratos, me dedico a observar a los habitantes de la casa, con una impunidad que casi me avergüenza. Recién me doy cuenta lo poco observador que he sido, quizá por el escaso tiempo que tuve para atender actividad tan

despreocupada. Pero como parece que ahora el tiempo es lo que sobra, observo. Es entretenido. He descubierto que la gente hace casi siempre lo mismo desde que se levanta hasta que se acuesta. Van al baño y se lavan, la presión con que mueven el cepillo de dientes siempre es la misma, y las pasadas de arriba a abajo y de izquierda a derecha se repiten un número igual cada día. Digamos... quince veces. En cambio, con ocho pasadas de cepillo por la cabeza, alcanza para mostrar un peinado decente. Y siempre son ocho. Ni nueve, ni siete. Ocho. *(Pausa breve)*. Ahora que pienso, estoy observando la vida desde afuera, y no tengo dinero para pagar la entrada. No lo estoy lamentando, claro. No puedo lamentar eso, porque, sencillamente, no puedo lamentar nada. No crean, sin embargo, que soy un muerto triste. Ni triste, ni alegre, ya que por alguna sorprendente y casual combinación de mis átomos, permanezco en mi apariencia

corporal, pero con una apatía tal, que ni para la tristeza me dan las fuerzas, estado que, si estuviera vivo, por lo menos, me habría estremecido. Y aunque librado de las sensaciones y de casi todo sentimiento, recuerdo. Recuerdo sabores, olores, texturas, la presión del abrazo y el calor de los cuerpos... eso lo recuerdo...

(Pausa). Debo ser lo que llaman un fantasma. Ahora descubro que de verdad existen. Sin sábanas ni cadenas, sin hacer ruido, ni interponerse entre la gente y la vida, pero existen. ¿Cómo es posible este prodigio? ¿No tener cuerpo, y sin embargo estar? Cada vez que atravieso una pared, por broma, sin alegría, solo por recordar lo que significaba jugar, tengo miedo de romperme la nariz, así que la mayor parte de las veces, paso por las puertas abiertas, como todo el mundo, como un muerto bien educado.

Camino por la casa y parezco lo que fui -si es que los espejos no mienten-. Y aunque sé lo que está pasando con mi cuerpo, todavía siento cierta inquietud. Todo progresa hacia la muerte, de eso no puede haber duda, aunque los buenos aerosoles hayan espantado el hedor, o por lo menos lo hayan disimulado, pero nada puede disimular la ausencia de pelo, los dientes sin labios pero con su risa atroz esperando pacientemente el polvo. Y ahora, sin esa parte de mí, que aunque se esté pudriendo sigue siendo mi cuerpo, me ha quedado apenas una sombra de labios para besar, de modo que solo puedo ofrecer apariencia de besos. Tampoco tengo ganas, he podido comprobarlo. Ayer le di un beso a Maruja, y me di cuenta de que hago menos presión sobre su carne que un mosquito. Hacía calor, y dormía, desnuda, como yo la acostumbre. Me costó, pero al final la convencí de que no había mayor felicidad para mí, que dormirme con la imagen de su cuerpo magnífico, enteramente desnudo. De eso hace ya mucho, mucho tiempo, por supuesto. Todos somos en alguna parte, creación de los otros. Recuerdo que al principio tenía vergüenza, pero después, hasta llegó a agradecerme. Pero,

decía: La sábana le dejaba un seno descubierto, y lo besé. No me importó no sentir nada, ni que ella no sintiera nada, ni tuviera oportunidad de fingir estar sintiendo para exhalar sus quejidos inconvincentes con que pretendía satisfacerme, (antes de que él volviera, por supuesto). (*Un silencio breve*). Una aclaración necesaria. No esperen revelaciones trascendentes. No las tengo. Puede que les cuente algo, y si les concedo eso, de puro aburrido, dispónganse a escuchar trivialidades. Al fin y al cabo, ¿qué querían? ¿Un filósofo? ¿Un poeta? Lamento desilusionarlos: no soy ni una cosa ni la otra. Además, aunque no quiero ser descortés, reivindico mi derecho a callar ciertos... detalles, solo importantes para mí, desde luego, y sobre todo a descansar, a no hacer nada. Es tiempo de dejarse ir. No más horarios fijos, la búsqueda minuciosa en el calendario de los fines de semana largos, obligaciones, aplausos, declaraciones de respeto, adulación, sonrisas esquinadas, no más sí, no más señor, estimado, querida, no más tengo que hacerlo, pues nada es imposible, hay que levantarse que el día es bello, (qué va a ser si está lloviendo, por mí que llueva todo lo que quiera, que yo no me mojo, que se mojen los que puedan, los que tengan un cuerpo que se moja, por donde corre el agua y algunas gotas se detienen y se enfrían). Nada pues de levantarse a las seis de la mañana que empieza un nuevo día para los triunfadores y ya estoy preparado para decir hasta mil veces sí señor, y seguir triunfando como he triunfado hasta ahora. ¡Ja! Como ven, humor no me falta. Se me ha gastado la lengua de tanto lamer zapatos, y con todo eso, solo conseguí el clásico pasar de clase media en decadencia. Cuando era niño, me paraba frente a las vidrieras y quería comprar todos los caramelos, pero no podía. Cuando pude, ya no me gustaban. Fue ahí que me convencí de mi mediocridad. No crean por esto, que soy un muerto triste, reitero. No soy un muerto triste, pero soy un muerto pobre. Pero basta de todo eso. Claro, no es tan fácil, cuesta acostumbrarse cuando has sido todo complacencia, baba, genuflexiones, un pedazo de carne blanda y maleable. Empezando por haber declarado mi amor a una mujer a la que nunca amé, y lo que es peor, vivir casi una vida con esa misma mujer... Me refiero a Maruja, desde luego. De mi primer matrimonio quedé un hijo, pero ella murió joven, y no me dejó casi tiempo de amarla. Maruja andaba por ahí, vivía más en nuestra casa que en la suya, era su mejor amiga, y como la soledad no tiene flor ni fruto y se encontraba tan a mano... Cuando lo pienso, creo que fue por pura pereza, por no tener que dar explicaciones, a Maruja creía conocerla bien, así que casarme con ella me pareció una transición sin brusquedades...y sin embargo fue por esa misma maldita forma de ser, por horror al cambio, que dejé escapar a la chiquilina. Yo tenía entonces treinta años, y podía estar encima de una mujer dos días sin bajarme. Es la pura verdad. Puede decirse que lo tenía todo, que hasta era feliz, y justo, justo, se me atraviesa en el camino aquella especie de

diablo, bruja y diosa, todo entreverado, quince años menor que yo, incitándome, tratando de seducirme. Recién entrada en la oficina, y yo -perdonen la arrogancia- pero era apuesto. En serio. Y entonces, enloquecí. Se me volaron los pájaros, y lo único que tenía en la cabeza era el pensamiento de la posesión de aquella carne celestial. Mi primera mujer era espléndida, claro, pero la niña... bueno, no era de este mundo. Empecé la persecución, o mejor, me dejé perseguir. Les confieso que nunca fui un Don Juan. No poseía una táctica, era desprolijo, sin experiencia, tímido, y por tanto, temerario. Así que en el pueblo, no me vio quien no quiso. Mi mujer se enteró, y un día que llegué a la hora de siempre a la casa, estaba sentada, esperándome con otra silla enfrente, la señaló con el índice, me senté, y empezó a hacer preguntas. No pude ensayar defensa alguna, pues tenía todas las respuestas. Ni Sherlock Holmes hubiera hecho una investigación tan minuciosa. Cuando terminó, me dio a elegir, y elegí. Los siguientes quince días fueron tormentosos. La niña había querido acostarse, sí, pero con una libreta de casamiento en la cartera. Intenté esquivarla, jugué a las escondidas, pedí licencia en la oficina, todo en vano, ya que sus quince años biológicos se compensaban con la entereza de una mujer de cuarenta. Si me veía por la calle, avanzaba directamente hacia mí, como un tren en marcha, y se me paraba enfrente... Quería explicaciones. Intenté contraatacar echándole en cara su rechazo, su forma de esquivarme, de no dejarse tocar ni besar, argumentos que demolió en unos pocos segundos. Por fin se cansó -después de unos cuantos días-, y pasó al odio. Agradecí a los dioses, y me prometí que de allí en adelante, sería por lo menos, más cauteloso, pero -y lo confieso sin pudor- no haber podido acostarme con un ángel, fue una de las mayores frustraciones de mi vida.

(Pausa.) Maruja desnuda... *(Mima la acción de mirar a una mujer desnuda que se encuentra en una cama imaginaria algo distante de él).* La vejez desnuda es triste, y asombra por todo lo que va abandonando cada día. Feroz de triste. Debería ponerse algo encima, esas adiposidades son casi obscenas...

(Acerca la silla hasta la cama.) Duerme. Y ronca. Siempre lo hizo. *(Acaricia levemente el cuerpo de la mujer).* Me resulta difícil ver que está amaneciendo y no tenga sueño ni cansancio. Si tuviera sueño, serían mis ojos y mi cuerpo los que se cansaran, y esto que tengo por cuerpo y por ojos no se cansa. Si acaso tuviera un cuerpo y un dolor de muelas que se presentara muy temprano, el caminar hasta el consultorio del dentista me podría hacer el regalo de apreciar la belleza del sol, como antes, pero éste que ahora sale y se pone a cada rato, repitiendo su misma retórica gastada, a mí me importa un bledo, y solo sirve para ver pasar el día que los otros han perdido, los modos cómo entretienen el acercarse a lo que soy ahora.

(Un breve silencio). Parece que me han castigado con un sentimiento dominante. El de que eso vuelve. Trato de distraerme de cualquier manera, pero apenas me descuido, me sorprende pensando en él. Y lo peor de todo es que no puedo hacer nada. No hay posibilidades de venganza, de ni siquiera alguna mínima forma de reparación. Será por eso que vuelve.

Recién descubro la fortaleza del rencor. Mi odio se ha envejecido y enquistado, pues aunque haya querido expiar con su muerte lo que hizo, no puedo perdonarle que me arrebatara el placer de desafiarlo a que sostuviera mi mirada, de sacarme las ganas de darle por lo menos un buen golpe en medio de la nariz.

Cuando regresó, creo que ya sabía que me había casado nuevamente. Y regresó como se había ido, sin aviso, sin decir: “miren que regreso, después de diez años, vuelvo a casa...” La única tarjeta que me llegó a los veinte días de su desaparición, decía: “Estoy bien”.

En gran parte somos una creación de los otros, decía, y algo de mí debía traer en los genes ese hijo de puta.

Fue poco después que murió su madre que desapareció. En su habitación todo estaba en su sitio; solo faltaba una mochila y unas pocas ropas. Yo, hasta ese momento creía haber sido un buen padre que, por lo menos, merecía una carta, una dirección, un teléfono. ¿O esa resistencia a comunicarse obedecía al sacrosanto llamado de la Revolución? Porque estaba convencido de que le habían amurallado los bordes del mundo, apostando guardias en las salidas; lo oí algunas veces declamar la necesidad universal de revelar la verdad, la bondad, la solidaridad... que de un lado estaban todos los hermanos, y del otro una lista interminable de verdugos. Deseaba participar en la ejecución de los malvados y seducir, embriagar muchedumbres.

En fin, palabras, pues nunca hizo otra cosa que hablar. Hasta que se fue.

Yo soporté la dictadura en la oficina, en una dependencia tan insignificante, tal inútil, que hasta ahora creo que nos dejaron en paz, porque ni siquiera se enteraron de su existencia. Es posible que él me despreciara por eso; por mi pasividad, por el silencio que guardé siempre ante sus discursos, por mi cerrada negativa a toda discusión. Nunca me lo dijo, pero me supondría un blando, un cobarde, un colaboracionista... Las pocas veces que discutimos, el final era siempre la aparición de aquella sonrisita sarcástica, con algo de piedad por el infeliz que tenía enfrente...

Algunos años más tarde me casé con Maruja. Entonces, volvió. Como si lo hubiera hecho a propósito.

Tenía 25 años, y Maruja 50. Cuando abrió la puerta, vi a un hombre grueso, fuerte, apuesto. Por las confesiones que logré arrancarle a la madrastra después de cientos de juramentos de

mutismo absoluto, me enteré que hacía meses que estaba en el país, que se había incorporado a un grupo armado y actuado en la clandestinidad hasta la recuperación democrática. En un enfrentamiento había sido herido en el brazo derecho, y ostentaba siempre que podía la cicatriz, como si fuera una medalla. De su vida pasada, me conformé con hacerle tres preguntas: ¿Dónde estuviste? –Por ahí, dijo. La segunda: ¿Cómo te fue? –Bien. ¿Y qué hiciste por allá? –De todo.

Les confieso que estaba secretamente orgulloso del nene, porque al fin de cuentas había demostrado que no era solo palabras. Pero si yo sentía orgullo, Maruja había quedado hechizada (no son cosas mías, cualquiera hubiera podido advertirlo), y empezó a cambiar. Se volvió solícita, cariñosa, chorreaba azúcar por los poros. En tres días, era otra. Sacó no sé de dónde aquella voz de propaganda de sedante, de paz y amor perpetuos, pero se le adivinaba el deseo. Empezó a comportarse como una madre en extremo cariñosa y yo empecé a pensar en el engaño. Me obligaron a hacerlo, porque era demasiado evidente. Los mensajes nunca derrumban al mundo. Eso corresponde a los hechos que no podemos evitar. Los mensajes solo sirven para agitar al mundo, y por eso es mejor que en la medida de lo posible, uno pierda la costumbre de recibirlos. Pero yo los recibía diariamente y me resultaba difícil ignorarlos. Mi convicción era que Maruja deseaba ferozmente a su hijastro. Lo transpiraba, se le vidriaban los ojos y el tic de arreglarse el mechón había llegado hasta el paroxismo. No la culpo. El era fuerte, joven, y yo un viejo de carnes flácidas, y recursos sexuales demasiado conocidos, de rutinas cansadas.

(Un largo silencio). Supongo que fue Maruja la que llevó la parte activa; él era demasiado tímido, no se habría atrevido... Sí, seguramente fue ella la que le arrancó la ropa a manotazos cuando ya no resistió más, cuando su ardor estaba a punto de volverla loca. Yo la veía cambiar, veía su palidez, su fiebre, su mirada lánguida, las rodillas relajadas, el sueño desordenado, los suspiros atormentados, y, sobre todo, la exasperación, el canibalismo con que me hacía el amor, en ejercicios desesperados y agotadores para mi pobre carne envejecida... Se me metió -como nunca antes, el antes del sexo apacible de una vez por semana-, como una peste en la piel, y esa peste me contagió. Estaba dispuesto a todo con tal de no perderla, así que no me atreví a declarar mis sospechas por temor de que el milagro reencontrado desapareciera. Vivimos entonces días de la comedia más fantástica que se puede imaginar: Ella, pensando obsesivamente cómo seducir al hijo, y acostándose con el padre tratando de persuadirlo de estar viviendo con él una segunda luna de miel. Y en ese momento, aunque no tuviera fe en la vida, aunque dudara de aquella mujer, de todas las mujeres, del orden universal, aunque estuviera persuadido de que todo era un caos infernal y

maldito y experimentara todos los horrores de la desilusión, quería vivir lo mismo, sin preguntas, con tal de que ella no se fuera de mi cama. Y puedo decir que fui feliz, aunque pronto el destino se encargaría de desviar esa felicidad hacia el torbellino.

Y tal vez pasó así: tal vez con cualquier pretexto lo llevó hasta el dormitorio, lo hizo sentar a su lado, lo tomó de la mano, se la apretó convulsivamente, se miraron en silencio, ella con esa forma de mirar que tienen las mujeres como si a uno lo conocieran más de lo que uno se conoce a sí mismo... quizá transcurrieron algunos minutos en esa misma postura ...

Yo tenía una idea de lo que ella sentía, no se trata de nada original. Es lo que siente todo el mundo en esas circunstancias, aquellos que organizan su vida en torno a eso, cruzan mares por eso, cuentan meses o días para llegar a eso, mienten, imploran, pagan para alcanzar eso. Y quizás vivieron un amor inverosímil y desgarrador, quizás se atormentaron mutuamente y experimentaron haciéndolo, el mismo monstruoso placer que yo viví en el espejo de la Maruja Furia, la Maruja Bacante, sabiendo que mi cuerpo era solo el puente que su imaginación cruzaba hacia otro cuerpo, más hermoso, más fresco, más potente, y no me importaba, no me importaba nada...

(Pausa larga). Tuve que viajar, y aquella noche estuve hasta las dos de la mañana en el aeropuerto esperando, y cuando el vuelo se canceló, volví. Iba a estar sólo dos días fuera del país, y debí haber esperado, tomar el siguiente vuelo a cualquier destino, y alejarme definitivamente de ellos. Dejarlos en paz. Pero no lo hice. Regresé a la casa. Sabía, estaba seguro de que tenía que llamar a la puerta pretextando haber perdido la llave. Tampoco lo hice, ni tiré floreros, ni grité. La puerta se abrió sin ruido. Como me molestaban que rechinaran, yo mismo aceitaba las bisagras cada poco tiempo. Entré como un ladrón, en puntas de pie. No me miré en ningún espejo, pero seguramente tenía cara de conspirador internacional, de agente especial. Fui derecho al dormitorio. Recuerdo que antes, me descalcé. Abrí la puerta de golpe, y allí estaban, tal como los había imaginado mil veces. No había llamado por teléfono ni tirado floreros para comprobar mis sospechas, pero en ese momento ya no quería seguir mirando la cara de madrastra de libro de cuentos de Maruja, ni la otra cara, de príncipe encantado, seducido por una sabrosa manzana envenenada. Debía irme de allí, pero supongo que me demoré, porque el nene tuvo tiempo de cubrirse con una sábana y corrió hacia mí. Me dio un empujón que me tiró al suelo, pues mi cuerpo le bloqueaba la única salida, y desapareció. Cuando me levanté, Maruja se había encerrado en el baño.

Me fui, para que el nene tuviera tiempo de regresar a vestirse, pero a las dos cuadas, a pesar de mi aturdimiento, regresé a la carrera, porque recordé que la puerta de entrada estaba

cerrada con llave por dentro, y que había sido yo quien la había abierto al salir. La conclusión era clara. El pajarito estaba todavía en la casa, y me regocijé pensando en la paliza que iba a darle. Revisé todas las habitaciones, y cuando solo me quedó el sótano, bajé tratando de hacer el menor ruido posible. Y si alguien más hubiera tenido valor suficiente para tomar una linterna y hubiese bajado conmigo empujando ante sí con la luz el terror de la oscuridad y alumbrado las vigas llenas de telarañas, hubiese ido directamente donde él estaba, y sin dar cabida al miedo hubiese levantado la linterna a nivel de aquel rostro, habría podido contemplar el cuerpo familiar, con las piernas casi tocando el suelo, pendiendo inanimado, con la cabeza caída sobre el pecho, la faz apacible, los vidriosos ojos abiertos, la dulce sonrisa de hombre culpable -eso por lo menos me pareció-, una calma severa y un completo silencio.

Después volví al dormitorio. Maruja seguía en el baño. Entonces, le dije la frase más perversa, más vil que he dicho en mi vida: “El nene está en el sótano, y me pidió que te dijera que te está esperando”. Iba a agregar: “Dice que no tiene apuro”, pero me callé. Fui hasta el dormitorio, abrí el placar, me subí en una silla y busqué en el estante más alto. Bajé, y me paré frente al espejo. Ahora sé que nada trascendente era lo que iba a hacer, porque siempre vuelven los hombres que matan y que mueren, en medio del tiempo que pasa con tácita crueldad, insistiendo en mostrarles el leve aire que les queda por respirar, las pocas bocas para besar, el escaso hilo que resta por desmadejar.

Desde el espejo, lo que estaba mirando era un rostro nulo de pensamiento y aun de pasión. Una expresión carente de sentido, la sonrisa que dejaba ver el muerto brillo de porcelana y las rosadas encías sin sangre de mi dentadura postiza. Después no supe nada más, porque apreté el gatillo...

Apagón

Fin de “El muerto”